

---

# FLORESTA INFANTIL.

*Periódico de niños de ambos sexos.*

---

## La mora encantada.

LEYENDA ARAGONESA.

1.º

### Los dos amigos.

Era un sereno día del mes de Junio del año 183... El sol acabada de aparecer, y los campos de uno y otro lado de la carretera que guía de Zaragoza á Valencia, aparecian á la vista semejantes á un mar de espigas de un hermoso color entre verde y amarillo.

Dos viajeros acababan de salir de Longares, villa célebre en Aragon por sus excelentes viñedos que constituyen su principal riqueza, y dirigiéndose hácia Cariñena, parecian satisfechos aspirando con placer los perfumes de que estaba impregnada la atmósfera y disfrutando la frescura de la brisa matinal.

El primero era un jóven de unos 24 años cuyo rostro moreno y un tanto delgado reve-

laba una imaginacion ardiente y exaltada al paso que en su mirada se reflejaba cierta firmeza de carácter. La inteligencia de este joven estaba perfectamente marcada en su frente ancha y despejada, y una sola arruga casi imperceptible todavia daba á entender que aquella alma juvenil sabia dedicarse ya á pensamientos profundos. Montaba una linda jaca cordobesa, negra como el azabache, graciosa y juguetona; y, amaestrada por un picador de la escuela española, era capaz de pisar ocho veces en el espacio de una baldosa; por lo demas era dócil é inteligente como todos los caballos de su raza, y á la sazón caminaba al paso con las riendas sobre el arzon, mientras el ginete tenia en una mano un excelente puro que saboreaba de vez en cuando, acariciándose distraidamente con la otra su negro y poblado vigote.

Su compañero vendria á tener dos años mas, su rostro un tanto obeso y molletudo revelaba uno de esos caracteres pacíficos y bonachones cuya tranquilidad es inalterable, y sus ojos azules y espresivos se movian con cierta languidez que no carecia de gracia. El conjunto de este hombre de rubia y fresca tez era simpático, y montaba un robusto alazan de raza francesa cuyas enormes patas hacian crujir bajo su peso los guijarros del camino.

—Hoy parece que tendremos un día delicioso querido Roberto, dijo el primero arrojando un tanto su cabalgadura, á su compañero.

—Mucho calor, mucho calor amigo, porque aun no son las seis y ya empiezo á sudar, le contestó el rubio pasándose la mano por la frente que con efecto empezaba á humedecerse, y si mi consejo vale algo soy de opinion que en el momento que lleguemos á Cariñena paremos hasta que empiece á anochecer y caminaremos en cambio toda la noche.

—Quita allá, la noche está destinada al reposo y solo los búhos y los animales dañinos ó los malvados emplean la noche para sus escursiones; además mi pobre jaca es tímida como una gacela y se asustaría si la hiciese caminar en la oscuridad.

—Siempre has de ser original Enrique: la noche la emplea en este tiempo todo el que como tu no está mal avenido con su comodidad; por lo que hace á tu jaca prefiero mi caballo cachazudo y fuerte á ese animalito que montas con todas sus corbetas y monadas.

Ayer estuve á punto de morir asado, y quiero exponerme hoy al mismo martirio, pues te declaro que no paso de Cariñena en donde pienso tenderme en una buena cama, y sin luz y sin moscas dejar que pasen una tras otra todas las horas del calor.

—Mira Roberto, siempre te he tenido por un hombre razonable, y creo que convendrás conmigo en que debemos caminar hoy todo el día cuando te diga la razón porque no debemos quedar en Cariñena como deseas.

—Veamos contestó el interpelado acomodándose lo mejor que pudo en su silla y forcejeando por quitar un pliegue del pantalón que por lo visto le hacía daño en el trasero.

—¿A cuántos estamos del mes?

—Qué tiene que ver la fecha con...

—No me interrumpas y contesta á lo que te pregunto.

—Adelante: á 23.

—Pues amigo lo dicho, tenemos que llegar esta tarde á Daroca.

—Permite que te recuerde que hasta ahora no me has dicho la razón.

—La razón es bien sencilla porque estando hoy á 23 mañana estaremos...

—A 24; esa es una verdad de Perogrullo, interrumpió Roberto riendo fuertemente.

—Déjate de Perogrullo ahora, ya sabes que mañana es la natividad de S. Juan Bautista y en tal día sucede en Daroca una cosa muy particular.

—Ya me lo figuro, la verbena; tengo entendido que en Daroca se crían muy buenas cecezas merced á las aguas del Turia que baña sus muros.

-Roberto, Roberto, por piedad que estás disparatando, exclamó Enrique acompañando el apóstrofe con las carcajadas mas francas, y estrepitosas del mundo.

—¡Calla! ¿con que no se erian buenas cerezas en Daroca? contestó Roberto sin ofenderse en lo mas mínimo con las risotadas de Enrique.

—Concedido:

-Pues entonces dónde está el disparate que ha provocado tu hilaridad?

-En que has bañado los muros de la Ciudad en las aguas de un rio que está lo menos quince leguas.

-No será nada extraño, pero yo creia que el Turia pasaba por Daroca y aun me parece haberlo leído no se en donde.

-En ninguna parte, porque el Turia es un rio de la povincia de Teruel, y el que pasa por Daroca y hace criar las excelentes cerezas que has dicho, es el Jiloca que nace en Monreal y caminando de S. á N. llega á Calatayud y desagua en el Jalon que á su vez lo hace en el Ebro poco mas arriba de Zaragoza.

—Entonces no he hecho mas que confundir nombres.

—¿Y te parece poco? sábetec que has dicho una heregia geográfica.

-Déjate de tonterias, ya sabes que soy profano en las ciencias y que aunque leo y escribo

regularmente y aun recuerdo algo de gramática, como tuve que abandonar los estudios desde 13 años no tengo de lo demas sino una idea confusa.

-Lo cual no quita para que seas muy inteligente en la profesion á que te has dedicado y digno del aprecio universal por tu probidad y buen fondo.

—Sin embargo yo desearia que mi nombre figurase en los periódicos como el tuyo cuyos escritos se citan como de un mérito extraordinario. La gloria que adquiris los literatos no puede en modo alguno alcanzarse en mi oscura profesion, y en el comercio la honradez es la única prenda de aprecio.

-La verdadera gloria está en ser honrado, y tanto el literato como el comerciante, el militar como el artesano, solo pueden aspirar al aprecio de sus semejantes contando con su honbría de bien; lo demas es farza querido, humo, nada mas que humo.

-Observo, amigo Enrique, que empiezas á filosofar lo cual no me gusta, y deseo por otra parte saber la razon que impide que nos quedemos en Cariñena.

—La razon es que quiero ver mañana en Daroca á la mora encantada.

-¿Me permitirás que te pregunte quién es esa señora?

—Es una larga historia que leí en un ma-

nuscrito antiguo que vino á mis manos por casualidad.

—Y por qué no aguardas á pasado mañana para hacerle tu visita?

—Es que no se la puede ver mas que una vez al año y esto ha de ser precisamente en el aniversario de S. Juan Bautista antes de salir el sol, pues en aquella hora sale con sus doncellas á la puerta de la gruta donde habita, y solo permanece fuera mientras éstas la peinan sus cabellos de oro.

—Eso que dices huele á la legua á leyenda de la edad media ó á tradicion popular.

—De ambas cosas tiene algo, y creo que te gustará pues no deja de tener lances curiosos.

—Empieza pues tu relacion amigo mio, y de este modo se me hará mas llevadero el camino, pues sea dicho de paso, este calor me molesta ya bastante.

—No quiero empezar hasta mañana que habremos visto la morada de la heroína y de este modo podrá apreciarse en todos sus detalles la historia.

—Amigo Enrique, tu serias capaz de hacer morir de curiosidad á cualquiera otro que te oyese y no tuviera mi calma.

—No tengo yo la culpa, pues aunque ahora empezase á contarte mi historia no tendria tiempo de concluirla porque como ves estamos muy cerca de las puertas de Cariñena, y ha-

bria necesidad de interrumpir la narracion lo cual creo no te gustaria mucho.

-Ni gusta eso á nadie, y parece que todos los literatos teneis esa mania.

-¿Qué mania?

-La de cortar á lo mejor las mas interesantes narraciones; es lo único porque no me gusta leer periódicos, En fin, mucho me entretendria escuchar esa famosa historia de la mora encantada, pero puesto que dices que es preciso dejarla para otra ocasion, me resigno con gusto.

-Tanto mas cuanto que no te la contaré, sino que mañana te prometo leerle el manuscrito desde el principio hasta el fin.

-¿Y has dicho que es muy antiguo?

-Yo lo creo, como que es del tiempo de los árabes que dominaron en España desde el siglo VIII hasta mediados del XIII.

-Pues es una friolera, lo menos contará tu manustrito 800 años.

-O tal vez mas: es una cosa preciosa porque han quedado pocos documentos de aquella época.

-En ese caso Enrique guarda tu leyenda que no estoy de humor para escuchar una historia que tendrá un lenguaje endemoniado del cual no entenderé la quinta parte; y aun dudo que tu apesar de todos tus estudios la entiendas.



-No pases pena por eso; en el momento en que vino à mis manos el tal manuscrito me dediqué con afan à estudiarlo y logré, al cabo de algun tiempo ponerlo en claro y arreglarlo segun el gusto y las exigencias literarias de la época.

-Eso es otra cosa: entonces te escucharé con gusto contestó Roberto entrando por las puertas de la Villa cuyos vinos de uva blanca se citan como esquisitos en las principales córtes de Europa.

*Se continuará.*

---

## CARLOS EL ESTUDIOSO.

---

Vosotros, decia un maestro à sus discipulos, pertenecéis todos à las clases de menos fortuna de la sociedad, y esto os desalienta por que no veis un porvenir en los estudios por la carencia de recursos de vuestros padres; pero aparte esta idea que ni os deshonra ni es una razon para que os abandonéis, por que nunca un hombre instruido y educado deja de ser laborioso y nunca el que es laborioso deja de tener el pan con que alimentarse, no pocos hombres eminentes en las ciencias que son el orgullo de su patria y el consuelo de sus parientes, han reconocido peor posicion

que la vuestra cuando estaban en su infancia, y sin embargo el estudio los ha elevado y los ha hecho notables por muchos conceptos.

Y apropósito de esto, voy á contaros un hecho que yo mismo he presenciado, y que os hará ver lo que se consigue con el amor al estudio y lo que puede influir en las simpatías que hácia nosotros tengan los demás.

Por los años de 4823 vivia en un pueblo de la provincia de Alava una numerosa familia que se mantenía del escaso jornal que ganaban los padres. Tenian estos siete hijos, cuatro niñas y tres niños, siendo la edad del mayor que se llamaba Carlos 8 años. Los padres se ocupaban en el trabajo del campo, y digo los padres, porque en aquel país, trabajan las mujeres en la agricultura lo mismo que los hombres, y á no ser así, no pudiera mantenerse esta pobre familia por el escaso jornal que se paga. Pasábanto, como es consiguiente, bastante mal, y en el invierno para poder comer, tenian que pedir una limosna todos los domingos. Esto lo hacia una niña de doce años: en dos horas despues de oída la misa mayor, recorria todas las casas del pueblo (que apenas subian á cincuenta) y recogia de siete á ocho libras de pan; pero llegó el caso de que la niña enfermó y hubo de determinar el padre que la reemplazase otra que

contaba dos años menos. Recorre el pueblo le dijo con la mayor amabilidad, porque tu hermana no está en disposición de salir de casa.—Pues yo no me atrevo á pedir limosna replicó la niña sollozando.—¿No te atreves ha hacer una buena accion y te atreves á desobedecer á tu padre? Sal ahora mismo á cumplir con tu obligacion, y ademas, te prohibo el comer y divertirme hoy en compañía de tus hermanos.

La niña salió de casa precipitadamente, y Carlos compadecido de su hermana á quien amaba entrañablemente, salió tras de ella resuelto á sustituirla si observase que se resistia á desempeñar su cometido. Efectivamente, viola entrar en casa de un vecino donde tenia franqueza y la oyó negarse rotundamente á pedir limosna á pesar de todos los castigos con que la amenazasen. Carlos sin dar lugar á que su hermana sufriese mas, se dirige á sus padres y les dice. «Queridos padres, yo compadezco mucho á mi hermana por lo mucho que sufre esta mañana y tengo miedo que se ponga enferma. Ella nunca ha desobedecido á V. V. hasta hoy, y esto me prueba la mucha resistencia que necesita para cumplir con un deber que ella no conoce bien. Si hubiese asistido á la escuela como yo, sabria que el pedir una limosna no es cosa que debe ruborizarnos porque el mismo J. C. que

como dice el Sr. maestro, vino al mundo para librarnos de la esclavitud del demonio y para enseñarnos con su ejemplo, se alimentó muchas veces de la caridad pública y precisamente elogió sus discípulos entre la gente más pobre. Mi hermanita no sabe nada de esto, y por otra parte no merece ser tratada con rigor porque es la primera vez que ha faltado, y porque, es tan laboriosa y tan buena para mí y para mis hermanitos! Yo les suplico á V. V. pues, que tengan presente todo esto y que me consientan el ir á sustituirla.» Este rasgo de amor fraternal conmovió á los padres que lo estrecharon entre sus brazos y le concedieron lo que pedía, ofreciéndole al mismo tiempo no castigar á su hermana cuando volviese á casa. Inmediatamente se dirigió á donde esta se hallaba y tomando la cesta le dijo: «Yo pediré limosna sin avergonzarme por que se que hago lo que debo, y al mismo tiempo tengo el gusto de haber calmado el mal humor del padre y puedes sin temor volver á casa.»

Recorrió todo el pueblo y apenas cuando concluyó, podía contener la cesta, las limosnas que tan liberalmente le habían dado todos los vecinos sin distincion. Con admiracion de los padres y hermanos recogió Carlos mucha más limosna que la que le daban á su hermana. ¿Y sabéis vosotros queridos míos, por qué? Por que su conducta y su admirable aplicacion

en la escuela, le habian grangeado las simpatias de los habitantes del pueblo.

I.

Era en las últimas semanas de cuaresma, y como en aquel pais acuden al anochecer todas las personas de la poblacion á aprender la doctrina que el cura pregunta á los niños y niñas en el pórtico de la iglesia, y á rezar el rosario à continuacion; habian oido con asombro las contestaciones que Carlos daba, pues siempre que uno no sabia una cosa se dirigian á él para que se avergonzasen los demas al ver que siendo de menor edad sabia mucho mas que ellos. A esto se unian las muestras de deferencia que le prodigaban el cura y el maestro, todo lo cual le valió las simpatias que hácia él manifestaban las gentes, simpatias merecidas ademas por la bondad y dulzura de su carácter.

Merced á la laboriosidad de los padres, y á una pequeña herencia que un tio les dejó, mejoraron algun tanto de posicion; y tres años despues; ya no tentan necesidad de implorar la caridad pública. Hasta esta época, habia asistido Carlos à la escuela sin perder un dia y tantos eran los adelantos que habia hecho que le llamaban el doctor. Luego que hubo cumplido los once años, determinó el padre que aprendiese un oficio, y sin consul-

tar su vocacion le dijo que tenia que comenzar el de cantero con un tio que tenia en Vitoria. El niño perdió el color instantáneamente como si hubiese sido herido de un rayo; y sin dar lugar á que su padre le interrogase sobre la causa de su extrañeza le dijo: «Padre mio, yo estoy dispuesto siempre á ser lo que V. desee; pero quisiera estudiar, pues no me creo muy dispuesto para aprender un oficio. Yo siento en mi un impulso decidido al saber, y tengo cierto presentimiento de que con el tiempo podré ser un hombre instruido y útil á V.V. y á mis hermanos.» El padre le contestó un tanto incomodado: «no te opongas nunca á las disposiciones de tu padre; ¿No sabes que no tengo medios para darte los estudios que apeteces? No sabes que yo no debo gastar lo poco que tengo para hacerte un sabio con perjuicio de tus hermanos? Hoy es el último dia que vas á la escuela, y te lo concedo por que te despidas de tu maestro; y mañana mismo te pondré á las órdenes de tu tio.» El niño viendo la definitiva resolucion de su padre, prorrumpió en llanto y solo habló las siguientes palabras. «No desco ser gravoso á mis hermanos, y mucho menos disgustar á V.: haré siempre lo que me mande.»

Al dia siguiente se hallaba ya en Vitoria, bonita ciudad capital de la provincia de Alava, y apenas habian pasado dos meses cuan-

do Carlos fué no solo castigado por su tío sino que su mismo padre recibió una carta en que le decia que el muchacho era completamente nulo para el oficio. Incomodado con esta noticia, se presentó sin tardanza en la obra donde el muchacho se hallaba trabajando y comenzó à castigarle rigurosamente; pero como Dios siempre protege à los buenos, unas veces ostensiblemente y otras sin que nos apercibamos, hizo que uno de los trabajadores se interpusiera entre los dos y suplicase al padre que suspendiera el castigo hasta oírle. Accedió à ello, y despues que se hubieron retirado un poco, le hizo ver que su hijo no merecia castigo porque hacia todo lo que podia. «Su fuerza de voluntad es grande le dijo; yo observo que en lo que puede trabaja con asiduidad, que nunca vuelve una contestacion à su tío, que nunca le veo ocioso, y que la alegría se pinta en su cara cuando ha conseguido dar gusto en algo; todo esto prueba la bondad del muchacho, y yo le aseguro à V. que seré capaz de buscar otro amo si observo que injustamente se le castiga; porque nada es mas cruel para mi que ver padecer al inocente.» A todo esto contestó el padre, que le daba las gracias por el favor que le habia hecho, y le encargó que si despues de algun tiempo comprendia que su hijo no podia ser buen cantero, hiciese el favor de escribirle; que entre tanto él procu-

raria que fuese bien tratado y que se le animase en sus tareas.

Dos meses despues recibió el padre del niño la siguiente carta: Sr. D. F. Muy Sr. mio: Cumpliendo con lo que á V. prometí, debo manifestarle, que su hijo ha agotado todas sus fuerzas por adelantar en el oficio, y aunque es cierto que ha hecho algun adelanto, no lo es menos que se encuentra bastante delicado y que su constitucion física se debilita notablemente. Le aconsejo á V. en su consecuencia que procure dar otra ocupacion á su hijo y que lo mire con la consideracion que se merece un niño bien educado. De V. etc. El padre en virtud de esta carta se presentó en Vitoria inmediatamente y despues de haber dado las gracias á su cuñado y al bienhechor de Carlos se llevó á este con intencion de dedicarlo á la labranza y de no separárselo de sí. Asi lo hizo en efecto, y despues de medio año que empleó con algun provecho en tan honrosa ocupacion, la Divina Providencia le deparó una ocasion propicia para poner en practica su vocacion para el estudio.

## II.

Era un hermoso dia del mes de Junio de 1829, el sol desaparecia precipitadamente por el ocaso y alumbraba apenas la cima de las montañas, los pastores dirijan los gana-



dos á los apriscos; los labradores. llenos de alegría regresaban á sus hogares despues de haber pasado todo el dia en las faenas agricolas, y por la carretera que de Vitoria conduce á Bilbao pasando por Villarreal, Durango y el pueblo de que nos ocupamos, llegaba un caballero montado en un magnifico alazan de raza andaluza. Era un rico propietario de Madrid que se dirigia á la capital de Vizcaya, con el objeto de recorrer la costa del mar cantábrico y tomar los baños en San Sebastian. Pernoctó en una posada que habia frente á la casa del padre de Carlos, y por casualidad oyó hablar de las virtudes que atesoraba aquel muchacho. Manifestó deseos de conocerle, y muy luego se lo presentaron para que lo viese. Hizole algunas preguntas, y tanto le interesaron las contestaciones, que le dijo si deseaba ir en su compañía para servirle, añadiendo que le daria una carrera.--El muchacho le contestó cortésmente que lo haria con mucho gusto, pero que nunca accederia sin el unánime consentimiento de sus padres.--«Nada mas justo replicó el caballero; pues la primera obligacion de los hijos es obedecer ciegamente á los padres porque son los representantes de Dios y porque despues de á este gran Ser á nadie se debe tanto como á ellos. Ea pues, si lo deseas, puedes decir á tu padre que se llegue por aquí y yo

haré lo posible por que te otorgue el consentimiento. Asi lo hizo, y una hora despues ya estaba el jóven al servicio del caballero.

Ahora, queridos discípulos, os interesareis como es consiguiente en su suerte, y yo tengo la mayor complacencia en daros noticias suyas.

En el mismo año comenzó los estudios y siguió sin interrupcion la carrera de medicina en la universidad central: recorrió despues de haberse hecho licenciado las mejores universidades de Francia y Alemania, y, despues de haber regresado á Madrid, recibió el grado de Doctor, y muy pronto obtuvo una cátedra por oposicion, siendo hoy uno de los médicos mas acreditados de la Corte, donde ha ganado honrosamente una brillante posicion y tiene la satisfaccion de proteger á sus hermanos y parientes y tener en su compañía al padre que há sido bastante dichoso para vivir y pasar tan buena vejez.

Hé aquí, queridos discípulos el fruto de la virtud, hé aquí el producto del estudio, hé aquí, la recompensa que dá Dios á los buenos. Mas no por eso creais que todos los aplicados y virtuosos tendrán la misma suerte en este mundo, no; no todos los que imiteis al brillante jóven cuya historia os he trazado ligeramente llegareis á ser médicos, abogados, ministros de Dios, hombres de gobierno etc.,

no todos podemos ser iguales, pues para la existencia de la sociedad es preciso que haya hombres que se dediquen al cultivo de las ciencias y hombres que trabajen en las diferentes artes, es necesario que haya tal encadenamiento entre los diferentes oficios y profesiones que se den mutuamente la mano para que haya verdadera prosperidad; es preciso sobre todo acatar la voluntad de Dios, es necesario que penseis que la verdadera felicidad está mas allá de nuestra muerte.

En pues, queridos míos, no hay que hacerse ilusiones, no hay que tratar de salir de la esfera trazada á cada uno por la Divina Providencia, es preciso contentarse cada uno con su suerte pues tal vez la que mas fatal parece puede hacernos felices. ¿Creeis vosotros que Carlos no lo hubiera sido si hubiese seguido en los trabajos agrícolas? Os equivocariais si tal creyeseis. El hombre no necesita para vivir bien en este mundo y hacerse feliz en el otro, mas que ser virtuoso, y para ser virtuoso se necesita ser instruido á fin de comprender los deberes. Instruccion, pues, y virtud hijos míos; y para conseguir estos caros objetos, ahora es la ocasion; no dejeis pasar los primeros años; aquí me teneis consagrado á vosotros con todas las fuerzas de que soy capaz; imitadme en la constancia; seguid mis consejos; así dareis gusto á vuestros padres; así

me tendreis lleno de alegria; así podreis llamaros verdaderos hijos de Dios, y esperar tranquilos el cielo que á los buenos tiene prometido.

## La Familia de D. Luciano.

### 2.º

Grande era por cierto la animacion y el alboroto que reinaba en la casa de D. Luciano, y eso que era muy demañana todavia.

Los niños se habian vestido á las cinco y estaban en una antesala esperando con impaciencia, al parecer, á alguno porque á cada instante se asomaban á la ventana.

—Yo ya tengo aqui mi cesta y mi navaja, decia Luis.

—Y yo tambien, como que me la dejé anoche preparada, contestaba Enrique.

—Mira, añadió, la de Adela es mas pequeña.

—Vosotros teneis mas fuerzas que yo, por consiguiente es justo que mi cesta no sea tan grande, dijo la niña, pero no por eso dejaré de llenarla muchas veces.

—Cuánto tarda Nicolás, interrumpió Luis, y el caso es que se vá haciendo tarde.

—No es que tarda, observó juiciosamente

Enrique; es que como estamos impacientes cada minuto nos parece un siglo.

En aquel momento apareció el padre en la puerta de la habitación con el sombrero puesto y el bastón en la mano seguido de D.<sup>a</sup> Eulalia que tenía también puesta la mantilla.

—¿Estáis ya dispuestos? preguntó D. Luciano lanzando una mirada cariñosa sobre sus hijos.

—Ya hace buen rato contestó Luis, solo que no viene Nicolás.

—Ten paciencia que ya vendrá, yo te lo aseguro.

—Sí, sí, exclamaron á la vez Adela y Enrique, tengamos paciencia.

—Atienda V. papá, añadió Enrique; Luis y yo montaremos en uno de los borricos y Adelaida irá con Nicolás en el otro.

—No hijo mío, Nicolás irá á pie porque vendrá también su hermanita Teresa; de manera que Teresa y Adela irán juntas y vosotros dos también.

—Qué fortuna! qué fortuna! que venga Teresa, decía Adela saltando gozosa, así tendré con quien jugar.

—Ya jugarías con nosotros, dijo Luis.

—Es que vuestros juegos no me gustan tanto, y luego correis más que yo, por lo cual siempre me divierte menos, al paso que Teresa que es niña como yo, tendrá poco más

ó menos las mismas inclinaciones.

El día anterior había ofrecido D. Luciano á sus hijos que irían á vendimiar una viña perteneciente á uno de sus arrendatarios, y se había convenido en que montados los niños en borricos harían el viage hasta la heredad, en donde pasaría el día toda la familia. Igualmente se había convenido que los tres niños trabajarían dos horas como verdaderos vendimiadores en beneficio del amo de la viña, y que en justa recompensa de este trabajo cada cual tendría derecho á llenar para sí su cesta eligiendo las uvas que más le acomodasen.

D.<sup>a</sup> Eulalia había dispuesto lo necesario para la comida campestre de todos, de manera que aquel día desde D. Luciano hasta el último jornalero, todos habían de comer juntos y unas mismas cosas.

En cuanto al desayuno, quedaron conformes en que los niños llevarían un buen trozo de pan, y en el camino encontrarían un rebaño de cabras de donde tomarían leche recién ordeñada.

El programa no podía estar más conforme con el gusto de la familia menuda; por consiguiente no es extraño que cada cual procurase manifestar su alegría.

—Papá, papá, ya viene Nicolás con sus borricos exclamó Enrique que estaba asomado á la ventana. Vamos, Luis, ponte el som-

brero y tu Adela dáte prisa; ya voy yo entretanto á abrirle la puerta.

En efecto, cuando bajaron los niños ya estaban en el patio Nicolás y Teresa llevando cada uno del cabestro un borrico perfectamente enjaezado, y á poco rato salieron de casa montados Luis y Enrique en uno y Teresa con Adela en otro.

—¿Y tus padres no vienen con nosotros? preguntó D. Luciano á Nicolás que caminaba detrás de los jumentos.

—No señor: mi padre ya va delante con los vendimiadores, y mi madre ha dicho que vendría un poco mas tarde porque á las siete tiene que llevar mis dos hermanitos pequeños á la escuela de párvulos, pero en seguida que los deje, como allí los cuidan todo el dia, vendría á ayudarnos.

—Qué tiempo tienen tus hermanitos?

—El uno tres años y el otro cuatro.

—¿De manera que tu madre no podría vendimiar si no los llevase á la escuela?

—De ningun modo, porque todo el dia lo pasaria ocupada con ellos.

No pudimos oír lo demas de la conversacion que tuvieron D. Luciano y Nicolás, porque nos llamó la atencion la que mediaba entre las dos niñas que cabalgaban sobre el borrico.

—¿Há pedido tu papá permiso á tu directora para traerte hoy á la viña? preguntaba

cándidamente Adela á su compañera.

—¿A qué directora?

—A la directora de tu escuela; pues no faltaba más, mi papá ya lo avisó ayer.

—Yo no voy á ninguna escuela dijo sencillamente Teresa: las niñas no van á la escuela, eso se queda para los niños; así lo dice mi madre.

—Pues yo no soy niño pero por eso no dejo de ir ni un día siquiera.

—Y qué te enseñan en la escuela?

—Toma, de todo; primero á hacer media, y despues á coser y á marcar y otras muchas cosas.

—Ya se yo hacer media, porque me ha enseñado mi madre, y dice que tambien me enseñará á coser.

—Ademas en la escuela enseñan á leer y á escribir, y gramática, y aritmética, y....

—Escucha y van muchas niñas?

—Muchísimas: mira, á mi colegio van mas de cincuenta, y dice mi maestra que hay otras escuelas donde van mas de doscientas.

—Y yo que pensaba que no iba ninguna niña.

—Sabes en qué consiste, en que como tú no vas, te parece que todas las demas harán lo mismo.

—¿Atiende, y es posible que una mujer aprenda á leer?

—Ya lo oreo, yo soy bien pequeña y ya sé.



—Pero puedes leer y entiendes lo que hay escrito en cualquier libro?

—Seguramente.

—Cuánto me alegraría yo de saber leer, replicó tristemente Teresa.

—Pues bien pronto puedes conseguirlo, no tienes mas que ir á la escuela y en unos tres meses...

—Cómo, ¿solo me costaría tres meses el saber leer en todos los libros?

—O tal vez menos, si ponias mucho cuidado en conocer las letras y procurabas acordarte de lo que te enseñasen para juntarlas unas con otras.

—Pero como no quiere mi madre que vaya á la escuela, tengo que renunciar al gusto que me proporcionaría el saber tantas cosas...

En este momento Luis, que era quien manejaba la cabalgadura, se acercó á su hermanita diciéndole.

—Qué estais hablando de escuelas y de libros? Hoy es un dia que no debemos cuidar-nos de eso.

—No era mas sino que me decia Teresa que se alegraría mucho saber leer.

—Pues que aprenda, buen remedio.

—¿Cómo ha de aprender si no vá á la escuela?

—¿Y porqué no vá?

—Porque dice que su madre no quiere.

—Ese es un disparate, dijo Enrique en tono doctoral; las madres que quieren bien à sus hijos deben darles buena educacion.

—Ya se vé la viña! esclamó Nicolás llamando la atencion de los niños asi que llegaron à lo alto de una cuestecilla desde donde se descubria una grande estension de terreno plantado de olivos y viñedo.

—¡La viña! la viña! la viña! repitieron en coro poniendo sus borricos al trote.

—Despacito niños, gritó D.<sup>a</sup> Eulalia que, aunque caminaba à buen paso, no podia seguirlos; ya llegaremos, no tengais cuidado.

En efecto à poco rato se apeaban los niños y se preparaban para empezar su tarea.

D. Luciano sacó su reloj diciendo: vaya amiguitos son las 7 en punto, hasta las 9 es necesario trabajar con afan, pues asi lo hemos convenido, y seria una injusticia privar al buen Jorge de la utilidad que vuestro trabajo le vá à reportar, siendo asi que os lo retribuye suficientemente dejando que despues llenéis para vosotros las cestas.

—Es verdad contestó Luis; debemos trabajar porque lo contrario seria un robo.

—Ademas que nuestras uvas serian mal ganadas y por consiguiente no las comeriamos con gusto, al paso que si nos cuesta trabajo ganarlas estoy seguro que serán mas sabrosas.

Cada niño tomó su cesta y su navaja y marcharon con Teresa y Nicolás á tomar parte en el trabajo como los demas vendimiadores.

Es necesario hacerles justicia, todos bajaron con el mayor afan, y cuando D. Luciano les dijo que el tiempo de su empeño habia finado, les pareció increíble que hubiesen transcurrido las dos horas.

—Papá dijo Luis; ni Enrique, ni Adela, ni yo estamos cansados, y puesto que el Sr. Jorge dice que vendimiamos bien, quisiéramos, si V. nos lo permite, trabajar en su beneficio hasta medio dia, de lo cual siempre ha de resultarle alguna utilidad que, aunque pequeña, no debemos dejar de proporcionársela, puesto que está en nuestra mano.

—Con mucho gusto os lo permito, pero tened presente que ninguna obligacion os liga á ello, y lo que trabajéis de ahora en adelante será puramente voluntario.

—Así tendrá mas mérito nuestro trabajo, y el Sr. Jorge lo agradecerá mas, dijo Enrique, principiando con Luis y Adela á cortar uvas.

Llegó la hora de comer y jamás tuvieron los niños mejor apetito, de manera que no hubo plato mal sazonado. Tan cierto es que la actividad y el trabajo proporcionan los verdaderos placeres.

Por la tarde corrieron y saltaron á placer y hasta se fabricaron gorros con las hojas de la viña.

—Papá, decía Adelita lamentándose, un rato que cansados de correr se habian sentado los tres niños en un ribazo en torno de su padre.

—¡Qué lástima que Teresa no sepa leer!

—Como ha de saber sino va á la escuela, contestó Luis. ¿Verdad papá que hace mal en esto?

—No tiene ella la culpa observó Enrique, si no que su madre no quiere que vaya.

—Pues yo creia que la escuela es un bien para los niños, y por consiguiente no concibo como siendo así, la madre de Teresa se opone á que su hija reciba este beneficio.

—Será que no tendrá dinero para pagar á la Directora decía Adela.

—Tambien hay escuelas donde no se paga nada, contestó Luis, á las cuales podía llevarla; pero no será esa la razon.

—Efectivamente hijos míos, no es el dinero la razon que tiene la madre de Teresa para que su hija no vaya á la escuela, porque si esa fuera yo mismo pagaría por ella.

—¿Pues por qué lo hará? habló Enrique discurrendo.

—Porque en primer lugar esa niña pequeña hace ya algo en casa, como traer aceite, ir

por pan, barrer la cocina etc. y su madre tiene en esto una inmediata utilidad; y en segundo lugar, porque en esta clase de gentes existe todavía la preocupación de que las mujeres no deben saber leer ni les conviene adquirir los demás conocimientos literarios que se dan en la escuela, creyendo buenamente que les basta saber manejar su casa y las labores propias del sexo.

—¿Y hasta eso efectivamente papà? preguntó Adela con interés.

—No hija mía: la mujer, como el hombre, está dotada de inteligencia y sería un atentado contra el Dios que la adornó con sus facultades intelectuales no desarrollarlas debidamente. Si no fuera esa una verdad, no tendría yo tanto afán y tanto interés en que tu vayas á la escuela. Teresa, aunque tiene buenas disposiciones está sumida en la ignorancia, y estoy seguro que no sabrá decirnos quien es Dios ó aunque lo sepa decir, no lo sabrá comprender.

—Ya le diré yo á su madre muy buenas cosas, y la convenceré de que es necesario llevar á Teresa á la escuela dijo Lois.

—Y nosotros te ayudaremos, replicaron sus dos hermanos; ¿pues no es una lástima dejar á esa pobre niña que llegue á ser mujer sin saber nada al paso que aprovechando el tiempo podría ser instruida?

—Eso sería, queridos míos, hacer un bien á la niña y otro á la madre, puesto que la sacaríais del error en que se halla, pero esta empresa es superior á vuestras fuerzas por que ni teneis la edad suficiente para que vuestras razones le hagan fuerza ni tampoco los conocimientos necesarios para salir airoso en una cuestion en que tendreis por adversarios al interés material y la preocupacion. De todos modos, es laudable vuestro buen deseo, y yo en vuestro nombre me encargo de hacerlo, y me prometo un feliz resultado.

—Qué gusto decia Adela; si Teresa va á la escuela se deberá á mi conversacion de esta mañana.

—Y el recuerdo de este dia de campo, añadió Enrique en que tanto nos hemos divertido, nos será mucho mas agradable al pensar en que de él han sacado tanta utilidad Teresa y su madre.

—Sin contar añadió D. Luciano, el beneficio que habeis hecho á Jorge puesto que segun el me ha confesado le habeis ahorrado con vuestro trabajo el gasto de un peon; de manera que sobre haberos divertido, habeis empleado bien el dia y esta noche dormireis tranquilos y satisfechos de vosotros mismos.

Efectivamente, no bien se acostaron los tres niños cuando ya dormian como lirones, y al dia siguiente hubo necesidad de llamarlos repeti-

das veces para que se preparasen y asistiesen á la escuela.

EJERCICIOS DE DESARROLLO INTELECTUAL.

CITARADA.

Verás cuanta cosa  
que puedo yo ser  
si tú, lector caro,  
compónesme bien.

Las sílabas mias  
no llegan á tres,  
con cosa tan poca  
lector ¿Qué seré?

Con *a* en la primera  
me cuecen á fe  
y mil veces cruda  
me suelen comer.

Tu verás que nombro  
notable muger  
notable por cierto  
si pones la *e*.

Si la *i* colocas  
un verbo seré;  
y con *o* en el Ebro  
me hallarás tal vez,  
como antes no sirva  
de pasto á algun pez.

Ya blanca, ya negra  
con *u* tengo prez,  
porque al fin desciendo

del mismo Noé;  
discurre y no temas  
y arrégrame bien.

---

*Analisis gramatical y lógico y completar la frase.*

Car... era hijo de un r... o... y su... le en... mu...  
que no se j... con ma... e... mas el ni... no hacia e...  
de las a... paternas.

Un día mar... con otro amigo á ju... é im... por es...  
se enca... á una h... donde h... h... man... y saltan-  
do las ta... se intro... ambos con el f... de co... al...

Desg... el dueño es... es... entre unos ma... y  
cogien... con el hur... en la m... les con... á la e...

To... el di... del p... de Car... no fue bas... pa...  
impedir que el ni... fuese j... y sen... como la... Este  
este es el ef. de l. m... co...

---

#### PROBLEMA.

Cuántos H. l. de trigo se necesitan para sembrar  
35 Hec. 4 A. de tierras si en cada centiárea se em-  
plean 7 litros?

---

NOTA. Por no dejar sin concluir dos de los ar-  
tículos de este número, nos ha faltado espacio para  
insertar los nombres de los niños que han ejecutado  
los ejercicios, pero lo haremos en el número inme-  
diato juntamente con los que resuelvan los de este  
número.



ZARAGOZA.

Imprenta del Instructor, á cargo de Santiago Ballés.  
Arco de Cinejt, n. 66.—1855.